

Y grabando mi nombre en su memoria,  
Pueda yo de laureles coronado,  
Volar a las regiones de la gloria,  
Tú entre tanto camina  
Siempre inmortal, majestuoso, ardiente  
Por la bóveda azul y cristalina  
Do se ostenta mirífico tu imperio.  
Con radioso misterio  
Inunda en olas mil de luz hirviente  
El cielo, el mar, la tierra  
Y todo cuanto encierra  
El inmenso poder omnipotente.  
Sal, pues, globo de luz, faro gigante,  
Y al hombre que te mira embelesado  
El potente Hacedor de lo creado  
Anúnciale con cifras de diamante.<sup>3</sup>

## Oda

*A la noche*

**T**iende, oh noche, tus fúnebres cortinas:  
Derrama sobre el suelo  
Tu mágico licor: y en ese cielo,  
Alcázar de los astros rutilante,  
Tus lámparas divinas,  
Tus lánguidas estrellas diamantinas  
Ve colgando doquier. El Sol radioso  
Las prolíficas luces de su frente  
En el mar de occidente  
Moribundo ocultó: ven, noche oscura,  
Esposa del silencio, misterioso

---

<sup>3</sup> Juan Francisco Comas, *Preludios del arpa o ensayos poéticos*, Mayagüez, Establecimiento tipográfico de José María Serra, 1858; pp. 35-39.

Retrato de la nada; la natura  
Cubre ya con tu manto pavoroso.

Ven: yo soy infeliz; y amargo lloro  
Derramar en el día  
No puedo. El mundo la desgracia mía  
Siempre miró con ojo indiferente,  
Y mi fiero quebranto  
Burló desapiadado: yo en tu manto  
Quiero por eso mi dolor ardiente  
Lloroso sepultar. El hombre impío  
No quiere comprender el afán mío;  
Y cuando ve una lágrima en mis ojos,  
Con burlas y dicterios ¡ay me acosa!  
No quiero, pues, ser blanco a sus antojos;  
Solo en ti lloraré noche luctuosa.

Solo en tu paz el alma  
De incertidumbre llena,  
Podrá el rigor de su terrible pena  
Un tanto mitigar: mi triste pecho  
Lanzando hondos quejidos  
Que de ningún mortal serán oídos.  
Se podrá desahogar a su despecho,  
Siendo testigos solo a mis pesares  
Del éter los dormidos luminares  
Y el grato ruseñor, que al son del viento  
Oculto allá en la palma,  
Imitará mis quejas y lamento,  
Queriéndome volver la dulce calma.

Ellos tan solo, y la amiga luna  
Que en brillo nacarado  
Baña el monte, la selva, el verde prado,  
Podrán oír del corazón ansioso  
El doliente desvelo,  
La perdida ilusión, el desconsuelo.  
Y el lúgubre tormento desastroso  
Que me hiere, me agita y me tortura;

Mas no esa Sociedad que en su locura,  
Ultrajando mis nobles pensamientos,  
Si un alivio le pide, así me dice:  
“No me importan a mí tus sentimientos”  
Y tórname la espalda a este infelice.

Es cierto, Sociedad, tú no me escuchas...!  
Ni debes escucharme;  
Porque... soy infeliz, soy desdichado.  
Adiós! ya mas no quiero  
Ir á turbar tu gozo placentero:  
Viviré de tu ruido separado.  
Mas sabe que en mi campo de dolores  
Pueden brotar también hermosas flores,  
Flores hermosas cuya esencia pura,  
Embalsamando la región vacía,  
En torno de mi humilde sepultura  
Ha de vagar después de mi agonía...

Ven, oh noche callada, que estoy triste,  
Y el alma solitaria  
Quiere alzar hasta el cielo su plegaria,  
Sin que la escuche el hombre maldiciente,  
Ven, ven tranquila y quieta,  
Sublime compañera del poeta,  
Amiga del espíritu doliente.  
¡No escuchas al silvestre pajarillo,  
Con su canto melancólico y sencillo  
Llamándote también! Oye su ruego,  
Escucha su inocente llamamiento;  
Trae tus sombras, oh noche, y pueda luego  
Libre soltar mi dolorido acento.

Yo no te llamo, no, porque me espere  
En salón primoroso  
De amigos un enjambre bullicioso,  
Que de la orquesta al voluptuoso ruido,  
En danza seductora,  
Cada cual a su virgen enamora.

No; porque su placer es corrompido  
Y aumenta mi dolor. Yo solamente  
Te llamo por llorar ocultamente...  
Gracias, oh noche, gracias: en el cielo  
A desplegar empiezas tus crespones...  
Gime ya, corazón; y tú en tu velo  
Guarda, oh noche, mis quejas y aflicciones.<sup>4</sup>

## La Tempestad

**E**l genio de los aires furibundo  
En la extensión inmensa de los cielos  
Despliega ya sus funerales velos,  
Dejando en lobreguez sumido el mundo.  
Su resplandor fecundo  
Oculta el Sol tras negros nubarrones:  
Sus trinos y canciones  
Las aves de la selva suspendiendo.  
Van tímidas huyendo  
A ocultarse en el hueco solitario  
De árbol hospitalario.  
El bosque, la pradera, la colina,  
Todo en silencio sepulcral reposa,  
Todo parece que a morir camina...  
¡Qué calma al par que fiera deliciosa  
Siente mi corazón en este instante!  
¡Oh como delirante  
El alma entusiasmada  
Admira los horrores que natura  
Extiende por doquiera! ¿Qué criatura  
No siente el pecho arder, si enajenada  
La sublime creación contempla ahora?

---

<sup>4</sup> *Ibíd.*; pp. 47-49.